

GANADOR DEL CILIP CARNEGIE MEDAL 2014

DIARIO DEL
BUNKER
KEVIN BROOKS

«PENSÉ QUE
ERA CIEGO.
FUE ASÍ COMO
ME ENGAÑÓ»



DESTINO

DIARIO DEL BUNKER



KEVIN BROOKS

Traducción Joan Josep Mussarra

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Bunker Diary*
© Kevin Brooks, 2013
© de la traducción, Joan Josep Mussarra, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2015
ISBN: 978-84-08-13740-5
Depósito legal: B. 3.346-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España — Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

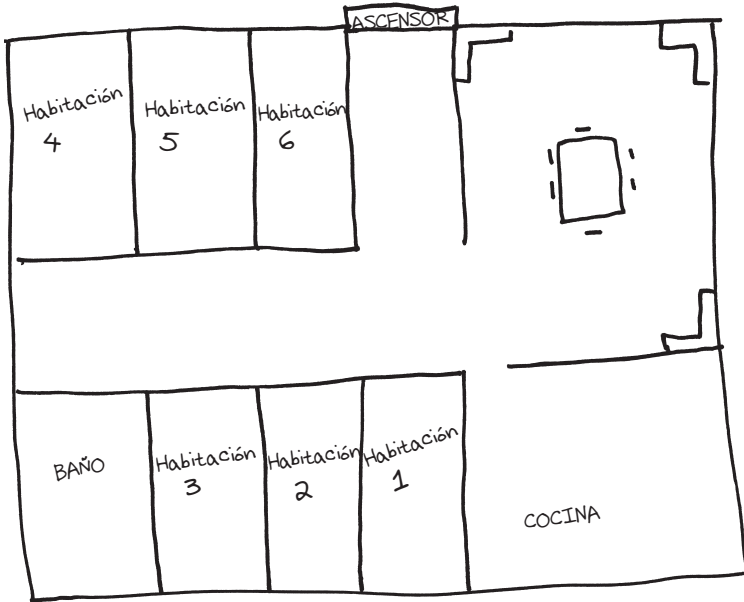
Lunes, 30 de enero

10.00 de la mañana.

Esto es todo lo que sé. Que estoy en una vivienda de techo bajo, rectangular, toda ella de hormigón encalado. Debe de medir unos doce metros de ancho y dieciocho de largo. Un pasillo la divide en dos, y de la mitad de este sale un segundo pasillo que termina en un ascensor. A lo largo del pasillo principal hay seis habitaciones, tres a cada lado. Todas tienen el mismo tamaño, tres metros por cinco, y en todas ellas hay una cama de armazón de hierro, una silla de respaldo rígido y un pequeño armario. A un extremo del pasillo hay un baño, y en el otro una cocina. Al lado de la cocina hay una sala más grande, y en el centro de esta una mesa de madera rectangular y seis sillas también de madera. En cada una de las esquinas de esa sala hay un banco en forma de L.

No hay ventanas. Ni puertas. Solo se puede entrar y salir en ascensor.

El plano de este lugar vendría a ser así:



En el baño hay una bañera de acero, un lavamanos también de acero y una taza de váter. No hay espejo, ni armario, ni accesorios. En la cocina hay un fregadero, una mesa, varias sillas, un fogón eléctrico, una nevera pequeña y un armario empotrado en la pared. El armario contiene una palangana de plástico, seis platos de plástico, seis vasos de plástico, seis tazas de plástico, seis juegos de cubiertos de plástico.

¿Por qué seis?

No lo sé.

Aquí no hay nadie más que yo.

Tengo la sensación de hallarme bajo tierra. La atmósfera de este lugar es pesada, compacta, húmeda. No es húmeda, pero se siente húmeda. Y huele a casa vieja, pero nueva. Como si se hubiera construido hace tiempo pero no se hubiera utilizado nunca.

No hay interruptores para la luz.

Hay un reloj en la pared del corredor.

Las luces se encienden a las ocho de la mañana y se apagan de nuevo por la noche.

Se oye un murmullo sordo por las paredes.

00.15

No hay ningún movimiento.

El tiempo pasa con lentitud.

Pensé que era ciego. Fue así como me engañó. Aún no me puedo creer que cayera en la trampa. Una y otra vez revivo mentalmente todo lo que ocurrió con la esperanza de poder cambiar algo, pero el desenlace siempre es el mismo.

Era un domingo a primera hora de la mañana. Ayer por la mañana. Yo no hacía nada fuera de lo normal, solo daba vueltas por la explanada que está frente a la estación de ferrocarriles de Liverpool Street y me esforzaba por no pasar frío. Buscaba despojos del sábado por la noche. Iba con las manos en los bolsillos, la guitarra colgada a la espalda y los ojos mirando al suelo. La mañana del domingo es un buen momento para encontrar material. Mucha gente se emborracha el sábado por la noche. Tienen que correr para no perder el último tren. Se les cae de todo. Dinero, tarjetas, sombreros, guantes, cigarrillos. El personal de limpieza se lleva casi todo lo que pueda tener algún valor, pero a veces se les escapa algo. Una vez encontré un Rolex falso. Lo vendí por un billete de diez. Así que siempre merece la pena echar una ojeada. Pero la mañana de ayer tan solo encontré un paraguas roto y un paquete de Marlboro me-

dio vacío. Dejé el paraguas, pero me llevé los cigarrillos. No fumo, pero siempre viene bien tener cigarrillos.

Y el caso es que estaba allí e iba de un lado para otro, a mi bola, y entonces vi que dos trabajadores de la estación salían por una puerta lateral y se me acercaban. Uno de ellos era un tío legal, un joven negro llamado Buddy que normalmente no me complica la vida, pero al otro no lo conocía de nada. Era un tío corpulento, con gorra de visera y punteras de acero en las botas, y tenía pinta de querer buscarme problemas. Seguramente no era esa su intención, y de todos modos no creo que me hubieran hecho nada, pero siempre es mejor no correr riesgos, así que bajé la cabeza, me cubrí con la capucha y me marché hacia la parada de taxis.

Y fue entonces cuando lo vi. Al ciego. Impermeable, sombrero, gafas de sol, bastón blanco. Estaba de pie tras una camioneta de color oscuro. Creo que era una Transit. Las puertas estaban abiertas y había una maleta de aspecto pesado en el suelo. El ciego pugnaba por meter la maleta en la parte de atrás del vehículo. No lo conseguía. Le pasaba algo en el brazo. Lo llevaba en cabestrillo.

Debía de ser muy temprano y la estación estaba desierta. Oí que los dos empleados sacaban sus manojos de llaves y se reían de algo, y por el golpeteo de las punteras de metal del tío corpulento noté que se alejaban de mí, en dirección a la escalera mecánica por la que se sube al McDonald's. Esperé un rato para estar seguro de que no regresaban y volví a prestar atención al ciego. Aparte de la camioneta Transit, la parada de taxis estaba vacía. Ni esos taxis de color negro ni nadie que esperase. Solo estábamos el ciego y yo. Un ciego con el brazo en cabestrillo.

Tuve un momento de duda.

Me dije: «Podrías marcharte, si así lo quieres. No tienes por qué ayudarlo. Podrías alejarte sin hacer ruido. Está ciego, no se va a enterar, ¿verdad que no?».

Pero no me alejé.

Soy buen muchacho.

Tosí para que se diera cuenta de mi presencia, y luego me acerqué y le pregunté si necesitaba ayuda. Él no me miró. Mantuvo la cabeza gacha. Y eso me pareció raro. Pero entonces pensé: «¿Y si es lo normal entre los ciegos? ¿Para qué van a mirar a alguien si de todos modos no pueden verlo?».

—Es por culpa de este brazo —murmuró, y señaló al cabestrillo—. No consigo levantar la maleta.

Me agaché y la agarré. No era tan pesada como me había parecido.

—¿Dónde quiere que la coloque? —le pregunté.

—En la parte de atrás —me dijo—. Gracias.

No había nadie más en la camioneta, no había nadie al volante. Me pareció muy extraño. En la parte de atrás de la camioneta apenas había nada, tan solo unos pocos tramos de cuerda, varias bolsas de la compra y una sábana vieja y cubierta de polvo.

El ciego dijo:

—¿Podrías dejar la maleta en los asientos de delante? Así luego me sería más fácil sacarla.

Empecé a sentirme algo incómodo. Allí había algo que no encajaba. ¿Qué hacía ese tío en aquel lugar? ¿Adónde iba? ¿De dónde había venido? ¿Por qué estaba solo? ¿Cómo diablos iba a poder conducir? Un ciego con el brazo roto...

—¿Serías tan amable? —insistió.

«¿Y si resulta que no está ciego del todo? —pensé—. Quizá la visión que tiene es suficiente para conducir ¿O será uno de esos que se hacen pasar por inválidos para que les concedan aparcamiento gratuito en zonas de estacionamiento limitado?»

—Por favor —decía—, tengo prisa.

Acallé mis propias dudas y entré en la camioneta. ¿Qué me importaba el que estuviera ciego o no? Solo tenía que colocarle la maleta dentro del vehículo y marcharme. Ir a buscar un lugar donde no hiciera frío. Esperar a que empezase el día para dedicarme a mis asuntos. Ver a quién encontraba... Sinoreja, Bob *el Mono*, Windsor Jack. Enterarme de lo que se cocía por ahí.

Cuando me acercaba a los asientos delanteros, sentí una sacudida, y me di cuenta de que el ciego había subido también a la camioneta.

—Te voy a enseñar dónde tienes que ponerla —dijo.

Comprendí que se trataba de una trampa, pero ya era demasiado tarde, y en el mismo instante en que me di la vuelta para encararme con él, me agarró por la cabeza y me puso un trapo húmedo sobre el rostro. Sentí que me ahogaba. Me entraba un producto químico por la nariz... cloroformo, éter... a saber. No podía respirar. No me llegaba el aire. Los pulmones me ardían. Pensé que iba a morir. Forcejeé, traté de pegarle con los codos y las piernas, le di patadas, golpeé el suelo con los pies, sacudí la cabeza como un loco, pero no me sirvió de nada. Era fuerte, mucho más fuerte de lo que parecía. Sus manos me agarraron por el cráneo como unas tenazas. Al cabo de unos segundos empecé a sentir como un aturdimiento, y luego...

Nada.

Debí de quedarme inconsciente.

Mi siguiente recuerdo es que estaba sentado en una silla de ruedas dentro de una caja grande de metal. Sentía la cabeza reblandecida y estaba despierto tan solo a medias, y por un instante o dos llegué a pensar seriamente que había muerto. Lo único que veía enfrente de mí era un túnel de luz blanca y desagradable. Pensé que debía de ser el túnel de la muerte. Pensé que me habían metido dentro de un ataúd de metal.

Cuando por fin entendí que no había muerto, que no estaba dentro de un ataúd, que la gran caja de metal no era más que una cabina de ascensor, y que la puerta estaba abierta, y que el túnel de la muerte no era más que un pasillo de paredes blancas, sentí tal alivio que por unos segundos me vinieron ganas de reír.

No duraron mucho.

Me puse en pie y anduve a tumbos por el corredor, y no estoy seguro de lo que ocurrió luego. Puede que volviera a desmayarme, no lo sé. Lo único que recuerdo es que la puerta del ascensor se cerró a mi espalda y el ascensor subió.

No creo que fuera muy lejos.

Oí cómo se paraba... ding-ding.

Eran las nueve de la noche. Todavía me encontraba mal, y estaba aturdido, y una y otra vez eructaba y sentía en la boca un asqueroso sabor a producto químico y a gas. Tenía un miedo de muerte. Estaba aterrorizado. Tembloso. Totalmente confuso. No sabía qué hacer.

Entré en una de las habitaciones y me senté en la cama.

Tres horas más tarde, a las doce en punto, las luces se apagaron.

Me quedé sentado durante un rato en una oscuridad pétrea, siempre con el oído atento por si el ascensor bajaba de nuevo. No sé qué esperaba, tal vez un milagro, o quizá una pesadilla. Pero no sucedió nada. Ni ascensor, ni pisadas. Ni la caballería, ni los monstruos.

Nada.

La casa estaba tan muerta como un cementerio.

Pensé que tal vez el ciego estuviera esperando a que me durmiese, pero no iba a dormir. Estaba bien despierto. Y mis ojos no se cerraban.

Pero me imagino que debía de estar más cansado de lo que yo mismo pensaba. O eso, o aún estaba bajo los efectos de la sustancia con la que me habían drogado. Probablemente fueran ambas cosas a la vez.

No sé qué hora podía ser cuando finalmente me dormí.

Esta mañana, al despertar, aún estaba a oscuras. No he tenido esa sensación de «¿dónde estoy?» que dicen que te asalta cuando despiertas en un lugar desconocido. En el mismo momento de abrir los ojos ya sabía dónde estaba. Por supuesto que aún no sabía dónde estaba, pero sí sabía que era la misma oscuridad ignota con la que me había ido a dormir. He vuelto a sentir el olor a subterráneo en el aire.

La habitación sigue envuelta en la más absoluta negrura. No hay luz. No se ve nada.

Me dirigí a tuestas hasta la puerta y salí al pasillo, pero mi situación no mejoró. Estaba oscuro como el infierno. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. No veía nada.

No sabía qué hora era. No veía el reloj. Ni siquiera era capaz de imaginarme qué hora podía ser. Ni ventanas, ni vistas, ni cielo, ni sonidos. Tan solo una oscuridad impenetrable y el rumor sordo en las paredes que me enervaba.

Me sentía como si no fuera nada. Como si existiera en la nada.

Negrura en todas direcciones.

Tocaba las paredes y daba golpecitos en el suelo con el pie para tratar de convencerme de que yo mismo existía.

Tenía que ir al baño.

Estaba a la mitad del corredor, con las manos en las paredes para no perderme, cuando de pronto se han encendido las luces. ¡Plam! Un estallido silencioso y todo el lugar ha quedado iluminado por un resplandor blanco y aséptico. Estaba muerto de miedo. No he podido moverme durante unos cinco minutos. Me he quedado allí, de pie, con la espalda contra la pared, luchando por no mearme en los pantalones.

El reloj de la pared hacía tictac.

Tictac, tictac.

Y mis ojos se han sentido atraídos por él. Me ha parecido que era muy importante saber qué hora era, ver algún movimiento. A eso sí podría encontrarle algún significado. Me imagino que buscaba una señal de vida. Algo con lo que pudiera contar.

Eran las ocho y cinco.

He ido al baño.

A las nueve, el ascensor ha vuelto a bajar.

Era un momento en el que buscaba por la cocina. Trataba de encontrar algo que me sirviera como arma, un objeto

afilado, o de gran peso, o afilado y de gran peso. No he tenido suerte. Todo lo que había estaba atornillado a la pared, o soldado, o era de plástico. He mirado dentro de la cocina por si podía arrancar algún trozo de metal, o algo, y entonces he oído que el ascensor subía de nuevo. Zuummmm, un zumbido fuerte, un pesado clunc, un brusco clic...

Y entonces el sonido del ascensor que bajaba... Ssshhh...

He agarrado un tenedor de plástico y he salido al pasillo. La puerta del ascensor estaba cerrada, pero he oído bajar la cabina... Ssshhh...

He puesto el cuerpo en tensión. He sujetado con fuerza el tenedor de plástico. Yo mismo lo encontraba patético, inútil. El ascensor se ha detenido. Ding. He roto el mango del tenedor y he palpado la arista con el dedo pulgar, y he mirado mientras la puerta se abría... chssss.

Nada.

Estaba vacío.

De niño, había tenido un sueño recurrente sobre un ascensor. El sueño tenía lugar en un gran bloque en medio de una ciudad, junto a una rotonda. No sé qué tipo de edificio era. Un bloque de apartamentos, un edificio de oficinas, algo así. Tampoco sabía qué ciudad podía ser. Desde luego no era la mía. Era una población grande, tirando a gris, con un gran número de edificios altos y calles anchas y grises. Un poco como Londres. Pero no era Londres. No era más que una ciudad. Una ciudad soñada.

En el sueño, entraba en el edificio y esperaba el ascensor, miraba las lucecitas, y al llegar la cabina entraba dentro, la puerta se cerraba y, de pronto, me daba cuenta de

que no sabía adónde iba. No sabía a qué piso quería ir. Qué botón había de pulsar. No sabía nada. El ascensor empezaba a subir, se movía, y entonces, como cada vez que se repetía el sueño, me asaltaba el pánico. ¿Adónde iba? ¿Qué era lo que iba a hacer? ¿Tenía que pulsar un botón? ¿Tenía que gritar pidiendo ayuda?

No recuerdo nada más.

Esta mañana, al bajar el ascensor y abrirse la puerta, me he mantenido a distancia durante un rato, me he quedado lejos de la puerta, con los ojos clavados en ella. No sé qué esperaba. Me imagino que tan solo quería ver si sucedía algo. Pero no ha sucedido nada. Al final, más o menos al cabo de unos minutos, me he acercado con mucha precaución y he mirado dentro. No he entrado, tan solo me he quedado frente a la puerta abierta y he mirado al interior. No había mucho que ver. La cabina no tenía controles. Ni botones, ni luces. Ni trampilla en el techo. Nada, salvo un portafolletos de plexiglás sujeto con tornillos en la pared del fondo. Plexiglás transparente, tamaño A4. Vacío.

Hay otro portafolletos igual que ese en la pared del pasillo, al lado del ascensor. Este está lleno de hojas blancas de papel A4, y a su lado hay un bolígrafo sujeto a la pared con un clip.

???

Debe de faltar poco para la medianoche. Llevo casi cuarenta horas en este lugar. ¿Lo he calculado bien? Sí, creo que sí. En cualquier caso, llevo mucho rato aquí y no ha ocurrido nada. Todavía estoy aquí. Todavía estoy vivo. Todavía contemplo las paredes. Escribo estas palabras. Pienso.

Me han pasado por la cabeza mil preguntas.

¿Dónde estoy?

¿Dónde está ese ciego?

¿Quién es?

¿Qué es lo que quiere?

¿Qué me va a hacer?

¿Qué voy a hacer yo?

No lo sé.

Bueno, veamos, ¿qué es lo que sí sé?

Sé que no me han hecho daño. Me conservo de una sola pieza. Piernas, brazos, pies, manos. Todo funciona.

Sé que estoy hambriento.

Y asustado.

Y confuso.

Y furioso.

Me ha vaciado los bolsillos. Llevaba un billete de diez libras escondido en uno de los calcetines y ahora ya no está. Debe de haberme registrado.

Cabrán...

Creo que sabe quién soy. Dios sabrá cómo se ha enterado, pero seguro que lo sabe. Solo puede ser eso. Sabe que soy hijo de Charlie Weems, sabe que mi padre es un rico, me ha capturado para pedir rescate. Un secuestro. Eso es. Un secuestro. Lo más probable es que haya contactado con papá. Lo habrá llamado. Habrá conseguido su número de algún modo, lo habrá llamado y le habrá pedido rescate. Medio millón en billetes usados dentro de una maleta de cuero negro. Déjela en una estación de servicio de la autopista. Si le cuenta algo a la policía, me cortará las orejas.

Sí, es eso. Seguro que sí.

Un secuestro.

Seguro que en estos momentos papá conduce a toda velocidad por la autopista, con la cabeza reventada por la droga y el coñac, fatigado y de mal humor, cabreado porque una vez más va a tener que gastarse el dinero por mí. Es como si le viese la cara congestionada, los ojos inyectados en sangre, bizqueando por culpa de los focos de la carretera, entre murmullos de rabia. Sí, es como si lo viera. Debe de estar preguntándose si habría tenido que regatear, si habría podido ofrecerles ciento cincuenta mil y llegar a un acuerdo por trescientas mil.

Lo primero que me va a decir cuando me tenga en sus manos es: «¿Dónde coño has pasado estos últimos cinco meses? He sufrido por ti como un imbécil».

Las luces se han apagado.